

RESEÑA DEL CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE "RECONCILIACION EN EL PENSAMIENTO DE JUAN PABLO II", CELEBRADO EN AREQUIPA (PERU), DEL 11 AL 13 DE ENERO DE 1985

Se trata, según señala el comité organizador, de un esfuerzo para continuar una línea de reflexión sistemática sobre el mensaje reconciliador que está en el corazón mismo del misterio cristiano.

Los organizadores, conferenciantes y panelistas de este congreso, celebrado por iniciativa del Arzobispo de Arequipa y de la «Asociación Promotora de Apostolado», creen que la óptica reconciliadora es una clave fecunda para anunciar el evangelio en el presente y futuro de América Latina.

Los principales temas abordados en el congreso se han recogido en la publicación *Temas para una teología de la reconciliación*, que el señor Arzobispo de Arequipa entregó al Santo Padre el 2 de febrero de 1985, durante su visita a varios países hispano-americanos.

Dado el interés y actualidad de los temas abordados en este congreso, seguidamente hacemos una amplia reseña del mismo.

Ponencias, conferenciantes y personalidades eclesiásticas asistentes.

A continuación se detallan las ponencias del congreso:

1. *El Sínodo sobre la reconciliación: signo y propuesta*, por Mons. Josef Tomko, Secretario General del Sínodo de los Obispos.
2. *El pecado original; niveles de ruptura y reconciliación*, por el Prof. Luis Fernando Figari, fundador del Sodalitium Christianae Vitae.
3. *El Cristo reconciliador*, por el Card. Alfonso López Trujillo.

4. *La comunidad reconciliadora*, por Mons. Karl Joseph Rommer, Obispo Auxiliar de San Sebastián, de Río de Janeiro.
5. *La reconciliación con Dios*, por el P. Cándido Pozo, Comisión Teológica Internacional.
6. *La reconciliación consigo mismo*, por el Prof. Massimo Serreti, Pontificia Universidad Lateranense.
7. *La reconciliación con los otros*, por el Prof. Fernando Moreno, Director de la Revista «Communio» para América Latina.
8. *La reconciliación: desafío para el presente y futuro de la evangelización de la Iglesia en América Latina*, por Mons. Antonio do Carmo Cheuiche, Obispo Auxiliar de Porto Alegre, Brasil.

Asistieron al congreso destacadas personalidades eclesiales de Méjico, Colombia, Ecuador, Chile, Brasil, Italia, España y Centroamérica. Este congreso formó parte de una serie de actividades preparatorias a la visita del Papa a Arequipa. Unos 450 participantes han debatido los temas del congreso, de gran importancia teológica; entre ellos, más de cien religiosos viajaron a Arequipa con este motivo.

Algunos de estos datos se publicaron en la prensa peruana, donde tuvo amplio eco la preparación y desarrollo de este acontecimiento. *El Comercio*, de Lima, por ejemplo, publicó el 6 de enero el programa completo y la lista de los participantes.

El Pueblo, de Arequipa, publicó el 30 de diciembre de 1984 las siguientes palabras de Mons. Fernando Vargas Ruiz, Arzobispo de Arequipa y convocante del congreso: «Ante la violencia generalizada y las corrientes de pensamiento que promueven la lucha y el enfrentamiento entre los hombres, doctrinas que nada tienen que ver con el Evangelio aunque tengan la etiqueta de cristianas. Es necesario, pues, plantear un camino nuevo, un camino seguro que nos ayude a todos a vivir el amor que fue y sigue siendo el mandamiento principal del Señor Jesús. Esta alternativa es la reconciliación».

Amplio eco en la prensa peruana del desarrollo del congreso.

Extractamos seguidamente de la prensa peruana algunos comentarios, declaraciones e intervenciones en el congreso de algunas personalidades participantes en el mismo.

LUIS FERNANDO FIGARI, teólogo y fundador del Instituto «Sodalitium Christianae Vitae»: «Para la Iglesia peruana el tema del evento tiene una gran importancia. No sólo porque el Magisterio Pontificio ha puesto de relieve la urgencia de profundizar en la reconciliación con la última Exhortación Apostólica de Su Santidad titulada *Reconciliación y Penitencia*, sino porque la Iglesia en todas partes tiene la responsabilidad de proclamar a los hombres el mensaje de la reconciliación y ser testigos de ella como una comunidad permanente reconciliada» (*El Pueblo*, de Arequipa, 11 de enero de 1985).

Cardenal ALFONSO LÓPEZ TRUJILLO, Arzobispo de Medellín: «La Teología de la Reconciliación es un tema profundamente bíblico y que ahora tiene un sentido y una fuerza muy especiales, a partir precisamente de la Exhortación Apostólica del Papa Juan Pablo II, que tiene el tema de la reconciliación y la penitencia correspondiente al último Sínodo de los Obispos en Roma. El tema de la reconciliación se acerca muchísimo en el aspecto bíblico al tema de la redención y al de la liberación en Cristo, porque la reconciliación está hecha de la realidad del perdón. Respecto a la «Teología de la Liberación», ya bastante claramente ha hablado el documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe...» (*El Comercio*, de Lima, 11 de enero de 1985).

La «Teología de la Reconciliación» es la alternativa a concepciones teológicas desviadas del pensamiento cristiano original y el amor al prójimo (*La Crónica*, de Lima, 13 de enero de 1985).

Mons. JOSEF TOMKO, Secretario General del Sínodo de los Obispos: «La reconciliación sólo puede realizarse cambiando los corazones; son los hombres y no las estructuras las que pecan» (*La Crónica*, de Lima, 13 de enero de 1985).

VIRGILIO LEVAGGI VEGA, Vice-Presidente del Congreso: «El momento histórico que vivimos presenta como caracterización dramática la fragmentación existencial y la división social. Más aún, existen ideologías que aceptan esta realidad no como un fenómeno nefasto que puede ser superado desde sus raíces, sino que buscan exacerbarlo a través de una lucha sistemática que califican de "revolucionaria". Frente a las opciones que pretenden soslayar culpablemente o agudizar el conflicto es que la Iglesia anuncia el evangelio de la Reconciliación».

Mons. BISMARCK CARBALLO, Arzobispo de Managua: «En Nicaragua una dolorosa situación bélica ha alejado a padres, hijos y hermanos, dentro de una educación materialista y atea, apoyada por los medios de comunicación que fomentan el odio y la violencia» (*El Comercio*, de Lima, 13 de enero de 1985).

«El misterio de la reconciliación y el sacramento de la penitencia volverán a marcar el camino del reencuentro con Dios. Tanto para Arequipa, el Perú y toda América Latina, el Congreso sobre la Reconciliación será el punto orientador hacia la solidaridad, la justicia y el amor» (*El Pueblo*, de Arequipa, 15 de enero de 1985).

Mons. KARL JOSEF ROMMER, Obispo Auxiliar de San Sebastián, de Río de Janeiro: «La unidad eclesial nace de lo más profundo de la reconciliación y es paralela a la reconciliación del mundo. Además, si no hay reconciliación, siempre habrá problemas, tanto en lo eclesástico como en lo comunitario» (*El Comercio*, de Lima, 13 de enero de 1985).

P. CÁNDIDO POZO, Miembro de la Comisión Teológica Internacional de la Santa Sede: «Reconozcamos la oportunidad que nos brinda Dios a todos para alcanzar la reconciliación en todos los instantes de la vida, con plena entrega y sin egoísmos» (*El Comercio*, de Lima, 13 de enero de 1985).

D. MASSIMO FERRETI, del Instituto Juan Pablo II para la familia de la Pontificia Universidad Lateranense, de Roma: «Cristo es el centro de la historia; es el Redentor del hombre con su rostro, su pecado y su realidad. La reconciliación es una respuesta al pecado y el hombre no puede considerar su propio yo sin pensar en Dios. El hombre que no perdona llega a la barbarie» (*El Comercio*, de Lima, 14 de enero de 1985).

Arquitecto FEDERICO MUGGENBURG, del Consejo Coordinador Empresarial de México: «Debemos evitar que alguien se atreva a darnos el alimento del marxismo, el veneno corrosivo de la dialéctica marxista, ya que es el resumen de todos los errores y de las blasfemias modernas. Además, rechazó el sistema de la Iglesia popular que actualmente se introduce en un país centroamericano» (*El Comercio*, de Lima, 14 de enero de 1985).

MARÍA TELLERÍA SOLARI: «En la Teología de la Liberación, aquella que la Iglesia rechaza, se encuentra toda una visión del

hombre, encajada ésta dentro del marco marxista. Visión del hombre que no se identifica con la estructurada por la teología católica» (*Expreso*, de Lima, 14 de enero de 1985).

Don FERNANDO MORENO, Director de «Communio» para Hispanoamérica: «Las concepciones teológicas marxistas son aborrecidas porque niegan la trascendencia de la Iglesia; en cambio, el cristianismo se sustenta en una doctrina revelada por Dios, verdadera ciencia espiritual, basada en el amor y en la comprensión del prójimo» (*La Crónica*, de Lima, 14 de enero de 1985).

Mons. FERNANDO VARGAS RUIZ, Arzobispo de Arequipa: «En la clausura del evento, invité a las universidades a que en forma permanente organicen seminarios para impregnar la Teología de la Reconciliación con el fin de formar el corazón de los jóvenes, no de odio sino de amor y fe en Cristo. Finalmente, exhortó a que todos trabajemos doce horas para anunciar el evangelio de la reconciliación en el Señor» (*El Pueblo*, de Arequipa, 14 de enero de 1985).

“Temas para una teología de la reconciliación”.

En esta publicación se recogen los principales temas abordados en el congreso. El señor Arzobispo de Arequipa se la entregó al Santo Padre el 2 de febrero de 1985, durante su visita pastoral. Seguidamente extractamos el contenido de dicha publicación.

Es una ocasión excepcional para tomar una conciencia más profunda del relieve que el tema de la reconciliación tiene para el mundo de hoy, como lo viene acentuando el Magisterio eclesialístico reciente y muy especialmente el Magisterio de Su Santidad Juan Pablo II (cfr., exhortación apostólica post-sinodal *Reconciliatio et paenitentia*, n. 4). Es una invitación para asumir la noción de reconciliación como centro de reflexiones teológicas y como clave que permite una visión sumamente rica del misterio de la salvación de Dios en Cristo (cfr., *ibid.*, n. 7).

Las sangrantes opresiones, marginaciones, injusticias y angustias que sufren los pueblos del continente latinoamericano, muy especialmente amplios sectores sobre los que recae con toda crudeza la miseria, y ante las que no es lícito permanecer pasivos, nos lleva a excluir radicalmente la postura de quienes permanecen indiferentes, así como la de quienes, poseídos de una vi-

sión conflictual, se integran en la lucha, buscando exasperar las oposiciones, acentuar las polarizaciones en una dinámica negativa, de muerte, que porta en su seno la promesa cierta de mayores opresiones e injusticias (cfr. Instrucción sobre algunos aspectos de la *Teología de la Liberación*, XI, 7.10.11).

La reconciliación supone la existencia de rupturas previas, más aún y más concretamente la existencia del misterio de iniquidad que es el pecado, por el cual aparecen las cuatro rupturas que sufre el ser humano: la de la comunión con Dios, con la propia intimidad, con los demás y con el mundo. Todo pecado, empezando por el pecado original, nace del corazón del hombre, es libre expresión de su egoísmo, del anti-amor, y repercute siempre, de alguna manera, en los demás. Todo pecado de un cristiano hace daño a la vida de la Iglesia que es vida de gracia, al pecador mismo, a los demás y al mundo. Los pecados de los que los hombres son responsables son la causa radical de las estructuras injustas.

Ninguno de nosotros puede considerarse inmune de responsabilidad frente a esta situación de pecado del mundo, cuyas manifestaciones se perciben en los hechos individuales que se apartan del plan de Dios, así como en las concreciones sociales, políticas, económicas, ideológicas, que responden a un dinamismo negador de la vida, negador del amor, a lo que el Santo Padre ha llamado «cultura de muerte» (cfr., Su Santidad Juan Pablo II, «Discurso a los jóvenes en la Plaza de San Pedro durante el Jubileo de los Jóvenes», 3, 14 de abril de 1984).

El hombre no puede por sí solo salir de su situación de carencia, de pecado, de enemistad. Sólo Dios puede liberarle de esta ruptura radical. La amistad con Dios es don gratuito suyo; una vez rota, sólo Dios puede reconstruirla. La iniciativa es siempre suya: El nos amó primero. Dios determinó reconciliar consigo a todo el universo por Cristo, pacificando por la sangre de su cruz, lo que hay sobre la tierra y lo que hay en los cielos. La reconciliación nos es dada en Cristo Jesús. «Dios amó de tal manera al mundo que entregó a su Hijo Unigénito» (Jn, 3,16). La Encarnación aparece en toda su grandeza cuando se la mira sobre el trasfondo del pecado.

La venida del Hijo de Dios al mundo haciéndose Hijo de Mujer es el comienzo de una nueva humanidad. María colabora amorosa y activamente a la reconciliación: con su «sí» al designio de amor, María nos trajo al Salvador y con él la reconciliación. Con toda justicia la podemos llamar Madre de la Reconciliación. Las actitudes de humilde y fiel acompañante del

Señor, obediente a su palabra y olvidada de sí, totalmente entregada, son ejemplo supremo, aliento y camino para todo hombre que desee recibir la acción reconciliadora de Dios y ser desde ella agente de reconciliación en el mundo. Para quienes peregrinan a la Casa del Padre, María es la Madre educadora de la fe, es la pedagoga del Evangelio Vivo. Jesús, con sus actitudes, obras y palabras, nos invita a su seguimiento y a su plena adhesión, a la aceptación del divino plan, es decir, a una constante tarea de reconciliación: con Dios, consigo mismo, con los hombres todos, incluso con los enemigos (cfr., *Mt*, 5,43-48) y con el mundo.

Jesús, el Hijo de María, vivió su muerte como entrega de amor por cada uno de nosotros (cfr. *Gal*, 2,20). En la continuación del misterio de su Encarnación, en su muerte redentora, asumida por amor y obediencia al Padre (cfr. *Jn*, 10,18), Cristo ha realizado objetivamente la reconciliación de todos los hombres con Dios, «dando muerte en sí mismo a la enemistad» (cfr. *Ef*, 2,16). Desde la cruz del dolor, vivida por nuestras culpas, señaló a María como Madre de todos, haciendo manifiesta la común filiación y fraternidad (cfr. *Jn*, 19,26-27), frutos y señales de la reconciliación.

Cristo, que se entregó por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (cfr. *Rm*, 4,25), tras su ascensión a la derecha del Padre, envió el Espíritu Santo que, con su acción sobre el corazón de cada hombre, es la causa inmediata de la reconciliación individual y social. La reconciliación no ha culminado. Se trata de un proceso dinámico en virtud del cual la reconciliación, merecida para todos por Cristo, pasa al corazón de cada hombre y supone un movimiento de conversión, de cambio radical al que Dios nos llama. A ello invitaba Jesús ya en su predicación inicial: «Convertíos y creed al Evangelio» (cfr. *Mc*, 1,15). La Iglesia, receptora de la efusión del Espíritu Santo, tiene que continuar esta predicación. A esta llamada de la Iglesia, cada uno de nosotros debe responder con su cambio de mentalidad (metanoía) y abriendo su corazón a la oferta de reconciliación de Dios, viviendo la cuádruple reconciliación en los niveles de su vida, convertirse en servidor de la reconciliación. Se trata de un auténtico cambio, de una transformación radical que afecta la propia realidad profunda, los pensamientos, los sentimientos, la acción; una «nueva creación» (cfr. *1 Cor*, 5,17).

Por voluntad de Cristo, la Iglesia tiene el ministerio de la reconciliación. Todo hombre nació en lejanía de Dios por el pecado original. La primera reconciliación se recibe de la Iglesia

por el bautismo, el cual nos incorpora a ella. La plena incorporación a la Iglesia supone vivir en gracia, es decir, ser miembros vivos del Cuerpo Místico de Cristo. Por ello, los pecados post-bautismales del cristiano, además de ser ruptura con Dios, repercuten sobre la Iglesia y la humanidad toda. La reconciliación con Dios encuentra un sendero concreto de realización en el sacramento de la conversión, penitencia y del perdón. Se trata de una clara manifestación del don reconciliativo de Dios. La celebración de la Eucaristía es signo eficaz de la acción reconciliadora de Dios en la actualización del sacrificio de Cristo Jesús, fuente vivificadora de la unidad (cfr. *Lumen gentium*, n. 11; *Puebla*, n. 662), base de edificación de la comunidad.

El reconocimiento de la verdad, el arrepentimiento de la vida de pecado, de la ruptura y el propósito de conversión, juntamente con la manifestación íntegra de los pecados, están en el interior del sacramento mismo de la penitencia. Todo pecado actual es personal y debe imputarse a los individuos concretos que lo cometen. Por ello, el sacramento de la penitencia tiene un ineludible sentido de encuentro personal del pecador con Dios. De la tierra, de la lejanía y de la desemejanza, Dios nos reconcilia consigo por el perdón y por la manifestación de la verdad, haciéndonos entrar en la comunión. Pero, al mismo tiempo, debe subrayarse con claridad que el pecado tiene una repercusión social y colectiva que importa mucho destacar en el proceso de la culpa misma como en el de la conversión y en su meta final: la reconciliación con Dios.

El interior del hombre es testigo de la fuerza desgarradora de las rupturas. El ser humano está escindido y tiene dentro de sí oposiciones que son eco de la fractura original, como de los propios pecados personales. La persona se experimenta, en cierta medida, ajena a sí misma. Vive una crisis de identidad. Pretendiendo no ser lo que el plan de Dios le pide, vive en la dimensión de la mentira existencial, alejado de la reconciliación que porta la Verdad. El falso amor de sí muestra al ser humano cerrado sobre sí mismo, no abriéndose a la dimensión de un Dios personal que lo invita a la comunión y participación, rehusando abrirse fraternalmente a los demás como pide el divino plan. El corazón del hombre debe ser reconciliado también consigo mediante la plena acogida interior de la dinámica de la reconciliación. En la manifestación de la verdad, el hijo pródigo descubre su propia interioridad: «entrando en sí mismo» (véase *Lc*, 15,17) y, desde esa profundidad íntima, toma conciencia de

sí, cae el manto de la falsedad, se reconoce como es y toma impulso para retornar a la comunión en la Casa del Padre.

La reconciliación del ser humano con Dios y consigo mismo culmina con la vuelta a la vida en caridad. Liberado el amor de las trabas del rechazo del amor al Padre y de la vida de falsedad, queda clarificado el proyecto de una comunidad de amor, de una sociedad fraterna como se manifiesta en el plan de Dios. Dentro de ella, el amor a Dios es primario; la misma autenticidad cristiana del amor a los demás tiene su señal distintiva en que «amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos» (1 *Jn*, 5,2). No se puede aceptar en tal perspectiva un proyecto de relación entre los hombres sin una referencia a la relación con Dios. Sin embargo, no puede subvalorarse nunca la importancia del amor a los hermanos —el mandamiento nuevo (cfr. *Jn*, 13,34)— al que el mismo amor de Dios nos impulsa. Los alcances universales y concretos de tal amor hacen que se tome muy en serio la situación solidaria con todo hermano (cfr. *Lc*, 10,36). Es vivir en la mentira, ilusorio, creer que se tiene abierto el corazón al hermano, cuando no se pasa de hecho a la caridad activa hacia él: «no amemos con palabras ni con la lengua, sino con obras y según la verdad» (1 *Jn*, 3,18). Hay que saber descubrir en el otro al hermano en Cristo, Primogénito entre muchos hermanos (cfr. *Rom*, 8,29; *Col*, 1,18), y mirar a todo hombre como llamado a ser —al igual que nosotros— hijo de Dios. La revelación de Jesús de que considerará en el Juicio Final como hecho a El lo que hagamos a sus hermanos más pequeños (cfr. *Mt*, 25,31-46), debe ser vivida del modo más real y consciente. Hay que descubrir en los otros el rostro de Cristo y la imagen de Dios. Un mismo amor nos lleva a amar a Dios y a Cristo y a amar también a los que son hijos y hermanos suyos, hijos del mismo Padre y de la misma Madre, María Virgen (cfr., *Jn*, 19, 25-27; *Rm*, 8,29; *Col*, 1,18).

Los servidores de la reconciliación tienen que esforzarse, por todos los caminos, por colaborar en la construcción de un mundo más humano, más justo, más según el plan de Dios. El objetivo reside en lo que Pablo VI calificó como liberación integral (Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, nn. 29 y sigs.). Ninguna de las rupturas y miserias del hombre puede ser olvidada. Tampoco el hambre de Dios que nuestro tiempo padece en un grado dramático. Un mundo en el que Dios estuviera ausente sería el menos humano que podemos imaginar. El esfuerzo por humanizar y reconciliar el mundo supone el compromiso efectivo por mejorar y transformar las estructuras. La enseñanza so-

cial de la Iglesia constituye una guía segura para la conducta cristiana en la vida en sociedad. En esta imprescindible tarea de edificar una sociedad fraterna no se debe olvidar la diversidad de funciones que los clérigos, los religiosos y los laicos tienen en la Iglesia (cfr. *Lumen gentium*, n. 31). Constituye una tan lamentable como paradójica resurrección de clericalismo el que los clérigos asuman un compromiso activo e incluso el liderazgo en campos temporales en una época que denominamos como la de la madurez del laico. Cuando, junto con gravísimas miserias materiales, hay una inmensa indigencia espiritual, no es comprensible y más aún resulta injusto, que quienes tienen específicamente el ministerio y el poder de la reconciliación con Dios no aporten a la integridad de la liberación lo que sólo ellos pueden aportar, entregados mientras tanto a tareas que son propias del laico en el mundo y, con frecuencia, de la misma sociedad civil en cuanto tal. El mismo principio, según sus propias circunstancias, puede aplicarse a quienes están llamados a la vida religiosa.

El espíritu del sermón de la montaña es una invitación a dar más de lo que la justicia exige (cfr. *Mt*, 5,40-41; *Lc*, 6,19-30). El impulso de la caridad ilimitada, que quiere hacer ingresar al ser humano en una dimensión de amor sin límites, se plasma en la constante acogida a todo dinamismo reconciliador más allá de las exigencias legales. Juan Pablo II, en la encíclica *Dives in misericordia*, ha subrayado que el mismo ideal de un mundo justo puede resultar ineficaz si no es movido por el amor. Por esto, ante la cultura de muerte que recoge la dinámica de las rupturas, nuestro compromiso debe ser construir una civilización del amor, guiados por la dinámica reconciliadora. «Dios es amor» (1^o *Jn*, 4,8 y 16) constituye una sublime definición de Dios cuyos inefables alcances iluminan nuestro peregrinar. Junto con ella, y como expresión que revela un rico matiz, se nos ha revelado que «Dios es rico en misericordia» (cfr. *Ef*, 2,4). La misericordia es el grado y la intensidad de un amor que no se desalienta ante la falta de correspondencia ni retrocede ante la miseria del otro. Cada uno de nosotros debe adherirse plenamente a Dios, viviendo en su amor (cfr. *Ef*, 5,1-2), participando de su amor, siendo misericordioso como el Padre es misericordioso (cfr. *Lc*, 6,36). El seguimiento de Cristo Jesús tiene ineludibles implicaciones sociales (cfr. *Puebla*, n. 476). El fermento transformador de la dinámica de la reconciliación constituye para el hombre un horizonte de esperanza y aliento.

A la reconciliación con Dios, consigo mismo, con los demás, se suma la reconciliación del hombre con todo lo creado. De la

recta aceptación del plan de Dios surge la ordenación del mundo al recto servicio del ser humano. Es por medio de la acción de los hombres reconciliados con Dios que el universo entero puede ordenarse hacia Cristo Jesús (cfr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2). Jesús reconciliador nos invita a asumir sus actitudes profundas de mansedumbre y humildad de corazón (cfr. *Mt*, 11,29), de plena obediencia filial al plan del Padre Eterno. Por voluntad expresa del Señor es María quien desde su corazón nos educa en Jesús (cfr. *Jn*, 19,26-27). Como María, «imagen ideal de la Iglesia» (cfr. *Puebla*, n. 285), el Pueblo de Dios tiene una tarea reconciliadora. Esta misión, que ha sido confiada por el mismo Señor (cfr., *2 Cor*, 5,18-20), claramente se extiende más allá de la acción sacramental. Toda tensión en el interior de la Iglesia misma debe resolverse por la reconciliación en la unidad y el amor que el Señor pidió: «que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (cfr., *Jn*, 13,34). La crisis vivida en los últimos años, en la que tanto se ha recurrido a fáciles descalificaciones y etiquetismos, debe superarse cuanto antes en un espíritu de humildad, de diálogo fraterno, pero guiado siempre por un amor a la verdad. Es, según la verdad, que seremos libres (cfr. *Jn*, 8,32). Es en torno a la verdad que se construye la unidad, liberándose de la mentira, las ilusiones, los errores fuente de división. La realidad de una Iglesia reconciliadora, permanentemente reconciliada, pasa por la conciencia de que Ella es «columna y fundamento de la verdad» (cfr., *1 Tim*, 3,15). Así, como en otros tiempos, cuando se hicieron presentes rupturas que atentaban contra la dinámica de la reconciliación confiada a la Iglesia, Ella «superó la situación de discordia interna volviendo a afirmar claramente, como condición insustituible de comunión, aquellos principios que consistían en mantener intacta su unidad constitutiva y permitían manifestarla en la confesión de una sola fe, en la celebración común del culto divino y en la concordia fraterna de la familia de Dios» (cfr. *Unitatis redintegratio*, n. 2) (Su Santidad Pablo VI, *Exhortación Apostólica sobre la reconciliación dentro de la Iglesia*, n. 3).

Es urgente que todos los fieles del Pueblo de Dios —obispos, sacerdotes, religiosos, laicos— según la propia condición y estado, tomen parte activa en el esfuerzo de acoger y vivir la reconciliación del Señor (cfr. *Ib*, n. 6) creando un ambiente propicio para que sea efectiva la reconciliación, procurando evitar que la fragilidad del ser humano y los impactos de la conflictividad del mundo afecten la sinceridad, la caridad y la unión que debe primar entre los hijos de la Iglesia; así como debe evitarse

con toda caridad que la diversidad de posturas, en lo opinable, se exacerbe a punto de hacer peligrar la concordia y degenerar en división (cfr. *loc. cit.*). Ante el surgimiento de opciones que van más allá del legítimo pluralismo, es conveniente recordar que en la Iglesia de Cristo la última palabra siempre la tiene la autoridad eclesial, y que el diálogo entre Magisterio y teólogo debe mantenerse siempre en un humilde espíritu de servicio a la verdad. Para todos es bueno recordar lo que hace poco más de diez años pedía el Papa Pablo VI: «Muéstrase, pues, cada uno discípulo cada vez más dócil del Señor, el cual pone como condición para ser perdonados por el Padre (cfr. *Mt*, 11,26) la reconciliación y la caridad mutua, condición para ser reconocidos como discípulos suyos» (cfr. *Jn*, 13,35). Por tanto, quien se sienta de cualquier modo implicado en este estado de división, vuelva a escuchar la voz que lo acosa irresistiblemente, incluso en el momento mismo en que se dispone a hacer oración: «Ve antes a reconciliarte con tu hermano» (cfr. *Mt*, 5,24, *loc. cit.*).

Estas reflexiones sólo pretenden recoger algunas pistas para una exigente tarea ulterior que requerirá, todavía, muchos esfuerzos comunes hasta elaborar una completa Teología de la Reconciliación. No se trata de construir una nueva teología sectorial, sino de una vital aproximación al núcleo mismo del ministerio cristiano para comprender, desde él, todos sus implicaciones con la luz que nos ofrece la rica clave interpretativa que es la reconciliación de la humanidad con Dios, operada por El en Cristo. Aliento e impulso para tal cometido lo encontramos en el contenido de la Exhortación Apostólica Post-Sinodal *Reconciliatio et paenitentia* de Su Santidad Juan Pablo II, de donde resaltamos que «es legítimo hacer converger las reflexiones de todo el misterio de Cristo en torno a su misión de reconciliador» (n. 7).

* * *

En el diario *Ya* del 12 de marzo de 1985 se ha publicado una síntesis del documento del Congreso que hemos extractado. También figura una entrevista con el cardenal Alfonso López Trujillo, Arzobispo de Medellín (Colombia) y ponente del Congreso, en la que señala que una de las propuestas en la próxima asamblea del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) será la de interesar a los episcopados en un trabajo sistemático sobre «teología de la reconciliación», afirmando que la riqueza de esta teología es enorme y las perspectivas de la reconciliación en la sociedad tienen un vasto horizonte y pueden seguirse bajo la

guía e inspiración de la doctrina social de la Iglesia. Añade que esta teología de la reconciliación puede asumir los logros de una auténtica reflexión sobre la liberación y rectificar las desviaciones en algunas de sus corrientes y formas de tratamiento. Destaca que más de ochocientos participantes cualificados en el Congreso profundizaron en el magisterio pontificio sobre la reconciliación y, que esta teología, «será una gran ocasión también para la reconciliación en la Iglesia». En relación con un posible diálogo con los llamados «teólogos de la liberación» dice: «Un diálogo clarificador que tome como base la pasión por la unidad, en la obediencia al magisterio, no sólo es deseable sino que es una exigencia del Evangelio».

* * *

A lo largo de la publicación del Congreso anteriormente extractada, nos ha parecido escuchar la voz del Buen Pastor que conoce a sus ovejas y sus ovejas le conocen a El. Preocupado por las ovejas descarriadas, buscando superar la crisis y tensión en el interior de la Iglesia en un espíritu de humildad, de diálogo fraterno, pero guiado siempre por un amor a la verdad para construir en torno a ella la unidad, liberándose de la mentira, las ilusiones y los errores fuente de división. Pidamos al Señor y a María Madre de la Iglesia para que se supere la situación de discordia interna, en la confesión de una sola fe, en la celebración común del culto divino y en la concordia fraterna de la familia de Dios. Y trabajemos todos con fe e ilusión, según la propia condición y estado de cada uno, y bajo la guía e inspiración de la doctrina social de la Iglesia en un mejor conocimiento y difusión de la verdad, buscando la conversión de mentes y corazones, y el cambio de actitudes, para promover una acción solidaria, orientada a la recristianización de personas, costumbres e instituciones para que pueda hacerse realidad la instauración de un auténtico orden social cristiano, estable y duradero, meta hacia la cual debemos dirigir nuestros esfuerzos.